

sus regimientos, echa mano para la defensa de cuantos objetos encuentra, carros, arados y otros útiles de labranza, y defiende la posición que se le había confiado con furia igual á la de los austriacos al embestirla.

Mientras tenía lugar esta encarnizada acción dentro y fuera de Aspern, Lannes en Essling tomaba las más acertadas disposiciones para conservar este pueblo, que, aunque embestido con menos violencia al principio, lo había sido por fin con grande ímpetu en cuanto habían podido reunirse las columnas cuarta y quinta, formadas con el cuerpo de Rosenberg. La quinta, que constituía la izquierda de los austriacos y hacía frente á nuestra extrema derecha, hacia Enzersdorf, después de apoderarse de esta posición flojamente defendida, había salido de ella para caer sobre Essling. Entonces se puso en movimiento la cuarta columna, y ambas reunidas habían comenzado su ataque contra nuestro segundo punto de apoyo. Recibióla Lannes como se había hecho en Aspern, guareciéndose con un espaldón de tierra que rodeaba á Essling y acribillando con descargas de fusilería y metralla á los acometedores que estaban detenidos al pie del parapeto sin atreverse á salvarle.

Pero la acción iba á hacerse más sangrienta todavía, porque la columna de Hohenzollern, que era la tercera y constituía el centro de la línea austriaca, entraba por fin en acción, sostenida por la reserva de caballería del príncipe Juan de Liechtenstein. Avanzaba esta columna contra nuestro centro, y podía, abriéndose paso por entre Aspern y Essling, dejar incomunicados ambos pueblos, asegurar su conquista y hacer nuestra pérdida infalible. Viendo esto Lannes, que estaba fuera de Essling observando los movimientos del enemigo, se decide á mandar un impetuoso ataque de caballería. Tenía á su disposición los cuatro regimientos de coraceros del general Espagne y los cuatro de cazadores del general Lassalle, todos ellos bajo las órdenes del mariscal Bessieres: sin tomar en consideración la graduación de este último, le envía orden imperiosa de cargar á la cabeza de los coraceros y de *cargar á fondo*; Bessieres, aunque resentido de las palabras de la orden, pues decía que nunca cargaba de otra manera, arranca con el general Espagne, que era el primer oficial de caballería pesada del ejército, y deja á Lassalle de reserva para que le sirva de apoyo. Lánzase Bessieres y Espagne á galope al frente de los diez y seis escuadrones de coraceros, quitan al enemigo sus cañones acuchillando á sus artilleros, y caen en seguida sobre la infantería desbaratando muchos de sus cuadros; pero en cuanto obligan á la primera línea á ciar, se encuentran con otra para ellos inaccesible. Ven de súbito aparecer la masa de la caballería austriaca, disparada por el archiduque Carlos á su encuentro; nuestros coraceros, sobrecogidos en medio del desorden de su última carga, son impetuosamente acometidos y empiezan á perder campo; adviértelo Lassalle con su acostumbrada perspicacia, y cobrando nuevo aliento vuela á sostenerlos; y tan á punto y con tanto brío lanza á la refriega el 16 de cazadores, que este regimiento arrolla á los jinetes austriacos, encarnizados á perseguir á nuestros coraceros, acuchillando á muchos de ellos. En medio de aquella confusión cae muerto de un metrallazo el valiente Espagne: Bessieres se ve envuelto con su edecán Baudrú por los lanceros, dispara sus dos pistolas y echa mano al sable para defenderse,

cuando advertidos del peligro los cazadores de Lassalle acuden á salvarle. Reúnense los coraceros, cargan de nuevo, sostenidos siempre por Lassalle; de este modo acometen repetidas veces á la infantería austriaca, la contienen é impiden que Hohenzollern rompa nuestro centro por entre Essling y Aspern y envíe refuerzos á las dos columnas de Hiller y Bellegarde, que continúan atacando á Aspern con furia.

Pero bastaban estas dos columnas para rendir en Aspern á los siete mil hombres de la división de Molitor, la cual, con la mitad de su gente ya fuera de combate, sólo se mantiene firme por el heroísmo de los coroneles Petit y Marín y del general Molitor, que dando ejemplo á sus soldados aparece siempre á su cabeza en todos los ataques. Logra por fin el general Vacquant, enérgicamente sostenido, penetrar en Aspern y enseñorearse de casi todo él al cabo de una acción de cinco horas: va el general Molitor á verse arrojado de este pueblo, cuya conservación nos interesa tanto, que si le perdemos vamos de seguro á ser repelidos al puente del brazo pequeño y aun quizá precipitados al Danubio; pero felizmente, restablecido ya el puente grande, la brigada de Saint-Germain, de los coraceros de Nansouty y la división de infantería de Carra Saint-Cyr, que era la cuarta de Massena, habían pasado el río al anochecer: había ya recursos para ocurrir á cualquier contingencia imprevista y Massena podía disponer de la división de Legrand, que había situado á la espalda de Aspern á modo de reserva. Sitúa á Carra Saint-Cyr á retaguardia, mandándole custodiar el puente, y entra en Aspern al frente de la división Legrand. Acude este heroico general con el 26 de infantería ligera y el 18 de línea, que eran los mismos regimientos con que había tomado á Ebersberg, á socorrer á Molitor, que había agotado ya todos sus esfuerzos; atraviesa á paso de carga la calle principal de Aspern, repele las tropas de Bellegarde al extremo opuesto del pueblo y obliga al general Vacquant á encerrarse en la iglesia. Lannes en el centro, deseoso de desembarazar también al centro de la línea, manda á Bessieres dar nuevas cargas. La división de Espagne había perdido la cuarta parte de su fuerza efectiva; pero Nansouty con la brigada de coraceros de Saint-Germain ocupa el lugar de los coraceros de Espagne, carga impetuosamente contra la infantería austriaca y prolonga la resistencia, sólo posible en aquel punto con caballería. La infantería austriaca queda nuevamente rota, pero nuestra embestida vuelve á atraer su caballería, que se arroja sobre nuestros coraceros, y entonces Marulaz, tomando el puesto de Lassalle que estaba ya rendido, empieza otra vez con el 23 de cazadores la sangrienta operación que Lassalle acababa de ejecutar dos horas antes con el 16: socorre á nuestros coraceros, rechaza á los del enemigo, y cae después sobre diversos cuadros. Roto que hubo uno de éstos, pierde el caballo, y ya iba á ser muerto ó hecho prisionero, cuando sus cazadores, atraídos por sus voces, le salvan, le dan otro caballo, y le restituyen á los suyos rompiendo una línea de infantería enemiga.

Seis horas llevaba ya de duración la tremenda refriega: en Aspern y en Essling los infantes llenos de saña se disputaban humeantes ruinas, y los jinetes en masas se disputaban á sablazos entre ambos pueblos la llanura. Creyendo el archiduque Carlos que había hecho

bastante con detener al ejército francés á la salida del puente, y jactándose de poderle precipitar al Danubio al otro día, determinó suspender el fuego para dar á sus tropas descanso, allegar sus diferentes masas y hacer entrar en línea la reserva de granaderos que había quedado en Breitenlée. Napoleón, por su parte, al asistir personalmente á aquella primera acción bajo las balas que se cruzaban de uno á otro pueblo, no perdió un instante su confianza. Aunque veía yacer en tierra la mitad de la división de Molitor en las calles y casas de Aspern, y aunque contemplaba inmolada por la metralla la cuarta parte al menos de los coraceros de Espagne y de los coraceros de Lassalle y Marulaz, no abrigaba la menor duda acerca del éxito mientras pudiese traer al campo por los puentes del Danubio unos veinte mil hombres más y principalmente sus municiones. Seguimos utilizando el puente grande á pesar de la avenida cada vez más impetuosa, y de los estorbos que el Danubio desbordado llevaba á nado en su curso. Echaba al río el enemigo para destruir nuestro único medio de comunicación, ya enormes troncos de árboles arrancados de cuajo por las aguas, ya barcas de las que el aluvión había arrebatado estando en seco y puesto á flote, ya, por fin, enormes molinos incendiados. A cada instante teníamos que desviar estos formidables objetos ó reparar las brechas que abrían en nuestros puentes, sirviéndonos de barcas de repuesto. El tránsito continuo contribuía también no poco á inutilizarlos, y era frecuente ver las barcas que los sustentaban casi sumergidas bajo el peso de los arcones de artillería, y nuestros soldados atravesando el río con los pies en el agua, retrasándose por consiguiente el desfile. No obstante, los generales Perneti y Bertrand respondían sin cesar de la seguridad del paso, y de que en todo el día habían de quedar instalados en el campo de batalla el cuerpo de Lannes, la guardia, quizá también las dos divisiones del mariscal Davout que habían bajado hacia Ebersdorf, y sobre todo el parque de artillería cargado de municiones. Con que tuviese Napoleón sus parques, aunque careciese de la mayor parte de las mencionadas tropas, estaba seguro de acabar con el enemigo y de poner á su merced los destinos de la casa de Austria entre Essling y Aspern. Aproveché, pues, el ocio en que nos dejaba el enemigo en dar el necesario descanso á las tropas que habían entrado en acción. Acampóse á la espalda del bosque, delante del puente chico, para asistir en persona al paso de sus cuerpos de ejército que iban á estar desfilando toda la noche, y en el momento de ir él también á descansar un rato fué interrumpido por un violento altercado que acababan de trabar dos de sus principales lugartenientes. Quejábase Bessieres del lenguaje con que Lannes le había despachado sus órdenes, y Massena que se hallaba presente tuvo que interponerse entre los dos valientes, que, después de haber estado sufriendo un día entero los fuegos cruzados de trescientas piezas, iban á echar mano á las espadas por una cuestión de amor propio ofendido. Presentóse á ellos Napoleón, y con su respetada autoridad hizo cesar una contienda que al otro día iba á terminar el enemigo del modo más cruel para ellos y para todo el ejército.

El desfile, con frecuencia interrumpido, continuó por una parte de la noche; pero al promediar ésta vol-

vió de nuevo á romperse el puente grande, ya por la tercera vez. El Danubio que había subido del nivel siete pies, acababa de subir otros siete, de modo que la crecida era espantosa. Daba la fortuna de Napoleón nuevas muestras de inconstancia, ó por mejor decir, le daba nuevos avisos la naturaleza de las cosas, que jamás se doblega al capricho de los conquistadores. Pero dado que fuese una falta el haber querido pasar el Danubio en la estación de los aluviones y con pretrechos insuficientes, ya en la actualidad no era posible volver atrás, y habiendo pasado parte del ejército no había más remedio que sostenerle y salir del mal paso á fuerza de genio. Pusieron de nuevo manos á la obra los generales Bertrand y Perneti para reparar el puente grande, y afirmaron reiteradamente que mantendrían el pasaje. En efecto, antes de alborar ya estaba el puente compuesto y la comunicación restablecida, de modo que al concluir la noche y hacia el amanecer pudieron pasar el Danubio la brillante división de Saint-Hilaire y las dos divisiones de Oudinot (que formaban reunidas el cuerpo de Lannes), la guardia de infantería, una segunda brigada de los coraceros de Nansouty, toda la artillería de los cuerpos de Massena y Lannes, una reserva de artillería agregada á los coraceros, dos divisiones de caballería ligera y por último la pequeña división de Demont, formada de los cuartos batallones del cuerpo de Davout. Los trenes siguieron desfilando en los intervalos de uno á otro cuerpo. De este modo, habiendo subido aquella noche á treinta mil los veintitrés mil combatientes con los cuales había comenzado la batalla la víspera á mediodía, por efecto de la llegada de la división Carra Saint-Cyr y de los coraceros de Saint-Germain, subieron hasta cerca de sesenta mil con el último paso verificado en la madrugada del 22. Bastaba esta fuerza para vencer. No bastaba sin embargo la artillería, porque Lannes, Massena y la caballería pesada no reunían arriba de ciento cuarenta y cuatro piezas, y había que contrarrestar los fuegos de trescientas bocas que podían los austriacos situar en batería. No obstante, si con treinta mil hombres y cincuenta cañones habíamos la víspera detenido á los austriacos, bien podíamos ahora batirlos con sesenta mil y ciento cincuenta bocas de fuego. La cosa era infalible no faltando las municiones. Por lo demás, el puente se sostenía y aquéllas seguían pasando.

Todos al amanecer estaban en pie en los dos campos y ya los tiradores empezaban á tirotearse á las cuatro de la mañana. Napoleón, que apenas había tomado descanso, estaba á caballo, rodeado de sus mariscales, dándole instrucciones con la mayor confianza. Al ver todo lo que había ocurrido no dudaba de poder terminar la guerra aquel mismo día. Massena debía volver á ocupar á Aspern, reconquistando la iglesia que había quedado por el general Vacquant. Lannes tenía el encargo de repeler todas las acometidas que pudieran dirigirse de nuevo contra Essling, y después aprovechando la disposición del enemigo que seguía formando un vasto semicírculo, debía romper por su centro con un vigoroso esfuerzo de nuestra derecha arrancando bruscamente hacia adelante. El mariscal Davout, que tenía dos divisiones en Ebersdorf, al otro lado del Danubio, y que no podía menos de llegar pronto, debía, una vez se hubiese situado á retaguardia de Lannes, protegerle

por la derecha durante el movimiento que éste iba á verificar.

Con arreglo á estas disposiciones, Massena y Lannes corrieron el uno á Aspern y el otro á Essling. Penetrado de la necesidad de mantener expedita la comunicación de Aspern con el Danubio, situó Massena la división de Molitor completa en el islote de la izquierda. Aunque mal defendido este punto, puesto que sólo le protegía un pequeño canal, unos cuantos árboles y un espaldón de tierra que el ingeniero Lazowski había levantado aquella noche, para la valiente división de Molitor lo estaba bastante, á pesar de haber quedado reducida de siete mil hombres á cuatro mil. La división Legrand se había batido en Aspern al declinar el día anterior y había conseguido mantenerse en el pueblo: hizo Massena que lo reforzase la división de Carra Saint-Cyr, la cual fué reemplazada en la defensa del puente chico por la división de Demont. Napoleón además envió allí los tiradores de la guardia imperial con cuatro piezas de artillería, para que estos bisoños recientemente organizados se fogueasen bajo la dirección del intrépido Massena.

Lannes, en Essling, dejando al general Boudet el cuidado de custodiar la parte interior del pueblo, colocó á la izquierda y avanzadas, en el intervalo que separaba á Essling y Aspern, la división de Saint-Hilaire primeramente, y luego, más á la izquierda todavía y hacia el centro, las dos divisiones de Oudinot, los coraceros, los húsares y los cazadores. Servían estos últimos de comunicación con el cuerpo de Massena sobre Aspern. En el centro, y hacia la espalda, quedaban de reserva los fusileros de la guardia y la misma guardia veterana. Sin embargo, formóse con esta aventajada tropa un recodo hacia Essling, para cerrar el espacio abierto por donde podía el enemigo querer penetrar una vez dueño de la pequeña ciudad de Enzersdorf: verdad es que por otra parte ya se había procurado ocurrir á este riesgo con una buena batería de á doce que, situada al otro lado del brazo menor, cogía de través aquel terreno. Fué puesta la artillería en los intervalos de aquella línea de batalla para que coadyuvase á los esfuerzos de las otras armas.

Bajo este orden volvió á trabarse la lid aquella mañana. Resuelto Massena á desalojar al general Vacquant de la iglesia situada al extremo occidental de Aspern, donde se había hecho fuerte, envió como dijimos al general Legrand de refuerzo los dos regimientos de la división Carra Saint-Cyr. Eran estos regimientos el 24 ligero y el 4.º de línea, ya hechos á batirse juntos. El brillante coronel Pourailly avanzó desde luego á la iglesia con cuanta celeridad le permitían los montones de cadáveres que yacían en la calle principal de Aspern, sobre cuyos aproches se habían ya agolpado desde muy temprano los generales Hiller y Bellegarde que seguían encargados de operar contra el pueblo. Mientras venía con ellos á las manos el 24, adelantóse por una de las calles laterales una columna austriaca que atravesaba el pueblo en sentido opuesto; pero el bizarro coronel Boyeldieu, que mandaba el 4.º, por medio de una rápida conversión á la derecha rompió la columna que paralelamente había avanzado, y se apoderó de los dos batallones que la componían. En seguida el 24 y el 4.º, guiados por Legrand, embistieron contra la iglesia y su

cementerio y expulsaron á los austriacos. La división de Molitor por su lado, apostada en el islote de la izquierda y protegida con talas, hizo grandes estragos en los tiradores austriacos que osaron ponerse á tiro de su fusilería.

Era llegada la ocasión de verificar el movimiento proyectado contra el centro de los austriacos, porque mientras los generales Hiller y Bellegarde eran rechazados de Aspern, Rosemberg continuaba formado en dos columnas sin poderse acercar á Essling por los fuegos de la división de Boudet, y en medio del semicírculo trazado por el ejército austriaco sólo se veía al cuerpo de Hohenzollern, malamente unido con el de Rosemberg por la caballería de Liechtenstein, y apoyado á larga distancia por la reserva de granaderos. Era dudoso que pudiese el centro de los austriacos resistir contra una masa de veinte mil infantes y seis mil jinetes que iba Lannes á precipitar sobre él.

En efecto, á la señal convenida que dió Napoleón, arranca Lannes para ejecutar el ataque que se le había encargado, y dejando á Boudet en Essling, avanza con la derecha al frente contra el centro de los austriacos. Marcha á la cabeza la división de Saint-Hilaire, formada en columnas cerradas por regimientos, disposición que, aunque desfavorable contra la artillería, ofrece una solidez superior á cualquier choque. Más á la izquierda y un tanto hacia atrás, avanzan en el mismo orden las dos divisiones de Claparede y Tharreau, formando escalones sucesivos. Todavía más á la izquierda y más hacia atrás, forma la caballería el último de los escalones dirigidos sobre el centro del enemigo.

Pónelos en movimiento Lannes con aquella energía que le distingue en todos sus ataques. El 57 de línea de la división de Saint-Hilaire, regimiento entre todos formidable, situado á la extremidad de nuestra derecha, marcha á paso de carga arrojando las balas y la metralla y obliga á la infantería austriaca á ciar. Apoya al 57 la división entera, y los demás regimientos formados en otras tantas columnas cerradas, á medida que van llegando al alcance del enemigo, detiéndense para hacer fuego y ganan campo sobre las tropas que se les oponen. Entran á su vez las dos divisiones de Oudinot á tomar parte en el movimiento ofensivo, y comunicándose en breve el impulso á la línea toda, los austriacos impetuosamente estrechados comienzan á replegarse en desorden. El archiduque Carlos, como capitán indeciso en el consejo y valiente en el campo, toma al verlo la resolución propia de un príncipe heroico: vuela en persona á precaver la catástrofe que amaga á su centro; manda por un lado avanzar á los granaderos que estaban en Breitenlée, por el otro manda á Bellegarde que acuda de Aspern á Essling para reforzar el medio de su línea, y mientras se cumplen sus órdenes empuña la bandera del regimiento de Zach y le hace volver al enemigo. Caen á su lado los más valientes oficiales y entre ellos el conde de Colloredo, á quien ve herido de muerte en la sangrienta refriega y estrecha la mano con dolor.

Lannes, que también estaba al frente de sus soldados, continúa su acometida, y viendo avanzar á la infantería austriaca, lanza contra ella á Bessieres con los coraceros. Cierran éstos con el cuerpo de Hohenzollern, rompen varios cuadros y consiguen coger numerosos pri-

sioneros, cañones y banderas. Ya tocábamos á Breitenlée, donde el archiduque había situado su reserva de granaderos, y, confiado Lannes en el triunfo, despacha á Napoleón su oficial de estado mayor, César de Laville, informándole de sus progresos y pidiéndole protegiese sus espaldas mientras que subiendo él por aquella llanura iba aumentando el espacio entre su cuerpo y el pueblo de Essling.

Vuela con este parte César de Laville en busca del emperador, encuéntrale en un paraje denominado el Tejar (la Tuilerie) (1), entre Essling y Aspern, presenciando friamente el grandioso espectáculo cuyo formidable conjunto dirigía, y advierte que Napoleón no manifiesta á la relación que le hace la satisfacción que naturalmente debía experimentar. En efecto, acababa de ocurrir un desgraciado accidente: á pesar de los extraordinarios esfuerzos de los generales Bertrand y Perneti, dedicados á mantener la comunicación entre las dos orillas del Danubio, el puente grande establecido entre Ebersdorf y la isla de Lobau acababa de romperse completamente con la avenida cada vez mayor y los continuos sacudimientos de los árboles que el agua arrancaba de raíz, de las barcas arrebataadas por la corriente y de los molinos incendiados que arrojaba al río el enemigo. Ocurría este desastre en el momento de ir á desfilarse seis soberbios regimientos de coraceros, las dos divisiones del mariscal Davout y los arcones de la artillería. Un escuadrón de coraceros fué arrebataado río abajo en dos mitades, una á derecha y otra á izquierda, por las barcas que arrastró la corriente; sin embargo, no era lo más sensible la privación de las tropas, porque con el impulso que se había ya dado bastaban los sesenta mil hombres trasladados en los días anteriores para derrotar al ejército austriaco, sino la privación de municiones, porque iban éstas á faltar en breve por la prodigiosa cantidad que acababa de consumirse.

Al recibir esta triste noticia de Mr. de Mortemart, Napoleón, demasiado prudente tal vez después de haber sido demasiado temerario, teme verse de repente sin municiones en aquel vasto campo de batalla y no poder oponer al enemigo más que sables y bayonetas; teme también, por haber empeñado en la acción todas sus tropas y no tener ya más que la guardia de infantería y los fusileros para cubrir las espaldas del mariscal Lannes, verse sin recursos contra cualquier golpe que había de ser forzosamente mortal en el abismo á cuyo borde estaba, y resuelve hacer el dolorísimo sacrificio de re-

(1) El general César de Laville, oficial brillante, de familia piamontesa, hombre tan enérgico como ingenioso y digno por todos conceptos de su noble país, acaba de morir en Francia, donde se había establecido. De él directamente he obtenido todos los pormenores que aquí relato, y para mejor retenerlos le rogué me los escribiese; lo que hizo en una larga carta de veinticuatro páginas, que me dirigió desde Saint-Sauveur en 1844 y que conservo como un documento histórico de grande interés. También me he servido de otro no menos curioso del ayudante del mariscal Bessieres Mr. Baudrou, el cual se ha servido igualmente escribirme cuanto presenció en aquella famosa batalla. Otras noticias me han suministrado además directa y verbalmente el mariscal Molitor, el general duque de Mortemart, el general Petit, el general Marbot y el mariscal Reille, todos ellos actores en Essling y Wagram, cuyos informes me han servido para completar los de los documentos escritos que existen en el depósito de la guerra. Siempre sin embargo me he limitado á los pormenores de incontestable autenticidad. (N. del A.)

nunciar á una victoria casi segura por no exponerse á riesgos que la prudencia no permitía arrostrar. Tomado este costoso partido con la prontitud y resolución propias de un verdadero héroe, manda Napoleón á Mr. de Laville que vuelva con la misma celeridad con que había venido al mariscal Lannes, y le diga que suspenda su movimiento y se vaya poco á poco replegando hacia la línea de Essling y Aspern, sin alentar demasiado al enemigo. Encárgale asimismo que economice todo lo posible sus municiones, porque han de faltar en breve (2).

Tuvieron con esta orden Lannes y Bessieres que detenerse mal de su grado en medio de la espaciosa llanura de Marchfeld inundada de fuegos. El archiduque, que tan estrechado se hallaba hacia Breitenlée, ve que nuestras columnas quedan de repente inmóviles y no acierta á explicarse el motivo. Aprovecha aquel momento de descanso para llevar de su derecha á su izquierda parte del cuerpo de Bellegarde, y para formar en línea detrás del cuerpo de Hohenzollern los diez y seis batallones de granaderos que formaban su reserva y además una gran masa de artillería, que tenía cerca de cien bocas de fuego y podía reunir hasta doscientas en aquel punto tan comprometido. Recobrado de su primer suceso, hace dirigir contra Lannes espantosas descargas de cañón: la división de Saint-Hilaire, que era la más avanzada de las tres y estaba por decirlo así en el aire, sin apoyo ninguno, recibe de frente y de costado un fuego de metralla continuo; retrocede lentamente con la serenidad que cumple á los veteranos que la componen y al caballeresco Saint-Hilaire que la manda; desgraciadamente este bizarro jefe, antiguo amigo de Napoleón, cae muerto de un metrallazo; su división traspasada de dolor mantiénese no obstante, acude Lannes á reemplazar á Saint-Hilaire y á conducir su división hacia un terreno menos expuesto: empieza á retroceder, pero con la misma actitud de un león que amenaza abalanzarse al que le hostiga; los cuerpos que intentan estrecharle muy de cerca sufren sus tremendas embestidas á la bayoneta y son impetuosamente repelidos. Pasaba Lannes de la división de Saint-Hilaire á las dos divisiones de Oudinot, y las iba conduciendo todas con igual energía ante un adversario lleno de jactancia con nuestra retirada.

(2) En una carta interesante dirigida al general Davout en medio de la batalla, escribe el mayor general Berthier que faltaron las municiones desde las diez de la mañana. La reproducimos aquí, porque da á aquella famosa jornada su verdadero y siniestro carácter.

*El mayor general al duque de Auerstaedt, en Viena.*

«Orilla izquierda del Danubio, á la cabeza del puente, el 22 de mayo de 1809, á las doce y media.

«La rotura del puente nos impide hacernos con provisiones. A las diez ya no teníamos municiones; el enemigo lo ha conocido, y ha vuelto á avanzar contra nosotros. Sus doscientas bocas de fuego, á las cuales no hemos podido responder desde aquella hora, nos han hecho mucho destrozo.

«En esta triste situación, lo más importante es componer los puentes, enviarnos municiones y vitualla, y hacer observar la capital. Escriba usted al príncipe de Ponte-Corvo que no se interne en Bohemia, y al general Lauristón que se disponga venir hacia acá. Veá usted á Mr. Darú á fin de que nos envíe enseres de hospital y víveres de toda especie.

«En cuanto esté el puente compuesto, ó por la noche, véase usted con el emperador.

»Firmado: ALEJANDRO.»

Por desgracia los soldados de Oudinot eran los que más padecían, porque no se había creído prudente desplegar en la acción tropas tan bisoñas: iban en columnas cerradas, y cada descarga de cañón les derribaba filas enteras.

Lleva Lannes paulatinamente su hueste á la línea de la hondonada que se extiende de Essling á Aspern y que ofrece como una especie de parapeto á cuyo amparo puede situarse la infantería; y su artillería, aunque inferior en número y provisiones á la del enemigo, queda sólo en la orilla prominente del barranco para contrarrestar el movimiento de las columnas austriacas que van avanzando para hacer una tentativa desesperada. Vense en efecto dirigirse sobre Aspern el cuerpo de Hiller y parte del de Bellegarde, aproximarse nuevamente á Essling las dos columnas de Rosemberg, y por último, preparar contra nuestro centro el cuerpo de Hohenzollern reunido y reforzado con parte del de Bellegarde, los granaderos y la caballería de Liechtenstein, un esfuerzo semejante al que intentó Napoleón contra el centro de los austriacos.

La tormenta en efecto amaga desde luego descargar sobre nuestro centro: el cuerpo de Hohenzollern, los granaderos y la caballería de Liechtenstein avanzaron formando una masa compacta. Adviértelo Napoleón, pasa aviso á Lannes, que también lo había notado, y ambos requieren de la división de Saint-Hilaire, de las dos divisiones de Oudinot y de la caballería, que vuelvan á consagrarse generosamente á la salvación del ejército entero. Dispone Lannes en primera línea las divisiones de Saint-Hilaire, Claparede y Tharreau, en segunda línea los coraceros, en tercera la guardia veterana, y deja que se le acerque la masa compacta del cuerpo de Hohenzollern y de los granaderos hasta medio tiro de fusil; manda entonces romper el fuego de fusilería y metralla, y se ejecuta su orden tan á quemarropa y con tanto acierto, que al punto se ven llenas de claras las líneas enemigas. Lanza en seguida los coraceros á escape contra la infantería austriaca, y ésta, cediendo en diversos puntos, queda rota como un muro en que se ha abierto brecha. Precipítase á su vez con su caballería sobre la de Bessieres el valiente príncipe Juan de Liechtenstein; pero Lassale y Marulaz acorren con sus husares y cazadores á nuestros coraceros, y en breve aquel dilatado campo no ofrece más que una inmensa confusión de quince mil jinetes franceses y austriacos, certando con furor unos con otros, agolpados al acuchillarse, divididos al tomar carrera y sin cesar formando de nuevo para embestirse con nuevo coraje.

Después de esta prolongada refriega parece suspendido el movimiento del enemigo contra nuestro centro, y el cuerpo de Hohenzollern como paralizado se detiene delante de la línea prominente que se extiende de Essling á Aspern. Nuestra artillería, desmontada en parte, queda al borde del barranco, disparando con tino, pero con lentitud por la escasez de municiones y expuesta al fuego de más de doscientas bocas. Nuestros infantes permanecen al amparo del foso; nuestra caballería formando cortina detrás y ocupando todo el espacio de Essling á Aspern, arrostra con imperturbable serenidad un incesante cañoneo, sólo por exigirlo una imperiosa y dura necesidad. Había que mantenerse así hasta concluir el día si no queríamos vernos precipitados al Danubio,

cuya crecida seguía aumentando. Ocurrió en esto una gran desgracia en nuestro ejército. Iba Lannes recorriendo á galope todos los cuerpos para sostener el ánimo de sus soldados, y un oficial consternado de verle expuesto á tan graves riesgos, le rogó echase pie á tierra para estar menos descubierto á los tiros; él, aunque poco acostumbrado á cuidar su persona, siguió el consejo y, como si el destino fuese un tirano de quien nadie puede huir, al punto mismo le llegó una bala de cañón que le partió las dos rodillas. Acuden á levantarle todo bañado en sangre y moribundo el mariscal Bessieres y el jefe de escuadrón César de Laville, estrechando su mano helada, pero recatando el semblante, por no ofenderle con su presencia, el primero, á quien tan agriamente había tratado el día antes. Colócanle sobre el capote de un coracero y le llevan á media legua de allí, al puente chico, donde había un hospital de sangre. Cunde al instante la fatal noticia por todo el ejército, causando una tristeza profunda. Pero no había tiempo para lamentarse, porque el peligro arreciaba por instantes.

Los esfuerzos del enemigo, contrastados en el centro, vuelven con furia contra las alas apoyadas en los pueblos de Essling y Aspern. Los generales Hiller y Vacquant dirigen repetidos ataques contra el malhadado pueblo de Aspern, ya reducido á un yermo de ruinas y cadáveres. El suelo estaba cubierto de escombros, de maderos inflamados y de hombres moribundos, de cuyos padecimientos nadie se curaba ante el peligro común. Vense repelidos fuera del pueblo, á pesar de su ardimiento juvenil y de estar mandados por oficiales veteranos, los mismos tiradores de la guardia que había Napoleón confiado á Massena; pero acuden al punto Legrand con las reliquias de su división y Carra Saint-Cyr con la mitad de la suya, y vuelven á conquistar, en presencia de aquel heroico general, que estaba á su lado, aunque rendido, mostrando una enegía superior á toda humana flaqueza, aquel montón de humeantes escombros. Legrand, encargado de ejecutar sus órdenes, acude á todas partes ostentando la punta de su sombrero mordida por otra bala de cañón, y viéndose á cada instante en la precisión de echar mano á su espada para parar los bayonetazos asestados á su pecho. Molitor por la izquierda precipita en el brazo de agua, detrás del cual está apostado, á los austriacos que intentan asaltar el islote. Merced á esta heroica resistencia queda por nosotros Aspern.

Pero aún abriga el archiduque la esperanza de apoderarse de Essling: hace que envuelvan esta posición las dos columnas de Rosemberg, y dirige en persona con los granaderos una furiosa acometida al centro mismo del pueblo. Bessieres, que había substituído á Lannes advierte este nuevo riesgo y acude al remedio. Napoleón envía en su auxilio los fusileros de la guardia, mandados por el general Moutón, tropa brillante, fogueada en las campañas de Polonia y España y muy cercana á la perfección, que está para el soldado entre la mocedad y la vejez. «Valiente Moutón, exclama el emperador, haga usted un esfuerzo más para salvar al ejército; pero que sea decisivo, porque después de estos fusileros ya no me quedan más que los granaderos y cazadores de la guardia veterana, último recurso que sólo podemos emplear en un desastre.» Parte Moutón

y diríjese á la izquierda de Essling, donde parecía más peligroso el ataque de los granaderos austriacos; pero Bessieres, que estaba más cerca del punto amenazado, ve el peligro á la derecha, entre Essling y el Danubio, y no titubea en cambiar la dirección señalada por el emperador. Envía parte de sus cuatro batallones al mismo Essling, y parte á la derecha entre el pueblo y el río. Urgía en verdad este socorro, porque los granaderos amenazaban á Essling por el frente, y por la derecha las columnas de Rosemberg, prontas ya á pasar por entre Essling y el Danubio. El general Boudet seguía defendiendo aquel pueblo desde el día anterior: cinco veces volvieron al ataque los granaderos conducidos por el feld-mariscal d'Aspre, y otras tantas fueron repelidos, ya por la fusilería, ya por las bayonetas. Sin embargo, por la parte de la derecha del pueblo, defendida con escasa gente, Boudet, envuelto por una de las dos columnas de Rosemberg, había tenido que retirar su tropa á un depósito de granos, edificio espacioso almenado como un castillo, y allí se defendía con su indomable constancia; pero, acometido por todas partes, iba ya á sucumbir cuando llegó Moutón con los fusileros de la guardia. La florida juventud que componía este cuerpo arroja á los granaderos de Aspre de una parte del pueblo y detiene á los soldados de Rosemberg en todo el espacio que mediaba de allí al Danubio. Pero no era suficiente este primer acto de energía contra un enemigo cuatro veces más numeroso y resuelto á hacer el último esfuerzo para vencer; mas llega Rapp con otros dos batallones, también de fusileros, y propone al general Moutón una carga general á la bayoneta. Acepta éste, estréchanse los dos jefes las manos y cierran á ciegas con los austriacos. Fué tal la embestida, que al punto mismo los hicieron ciar de uno á otro extremo del pueblo, arrojaron á los soldados de Aspre contra los de Rosemberg y todos juntos los repelieron fuera de Essling. Rompió en esto el fuego la artillería de la isla de Lobau, cogiendo de través á las masas que habían pasado entre el río y el pueblo, y las inundó de metralla. De este modo quedó Essling enteramente por nosotros.

Treinta horas hacía que duraba la contienda. El archiduque Carlos, agobiado y rendido, desesperanzado ya de podernos precipitar al Danubio y empezando también á carecer de municiones adopta por fin el partido de suspender aquella sangrienta batalla, que fué sin duda una de las más terribles del siglo, y resuelve terminar la jornada lanzando cuantos proyectiles le quedaban contra los cuerpos situados entre Aspern y Essling. De este modo, mientras los generales Hiller y Bellegarde seguían disputándose encarnizadamente en Aspern las ruinas de esta población malhadada, el archiduque Carlos por el centro y por el lado de Essling hacía interrumpir los ataques, ciñéndose á hacer avanzar su artillería para causar todo el destrozo posible en nuestras filas. A un peligro de esta especie no podíamos oponer más que una grande impasibilidad: nuestra artillería, casi toda desmontada, toma posición, como ya antes lo había hecho en el borde del barranco que nos servía de parapeto, y de vez en cuando hace sus descargas esperando que llegue la noche; la infantería se establece detrás, medio cubierta por la hondonada, y más detrás aún se despliega nuestra brillante caballería presentando dos

frentes, uno de Essling á Aspern para cubrir el centro de la posición, otro en sentido inverso para cubrir el espacio entre Essling y el río; por último la guardia imperial, presentando dos frentes paralelos á los de la caballería, permanece impasible arrojando las balas, y entre las detonaciones del tremendo cañoneo sólo se percibe la voz de los oficiales mandando estrechar filas. Esto era en efecto cuanto nosotros podíamos hacer en lo que quedaba de día; porque no nos era dado ni ahuyentar al enemigo ni huir de él por el puente que conducía á Lobau. Esta retirada, siendo una sola la salida, no podía verificarse sino á favor de la obscuridad, y en el mes de mayo las tinieblas propicias que ansiábamos para que favoreciesen nuestro desfile no podían llegar tan pronto.

Durante la jornada no se movió Napoleón del ángulo que describía nuestra línea de Aspern á Essling y de Essling al río, por donde tantas balas estaban sin cesar cruzando. Varias veces se le rogó que no expusiese tanto una vida de la que pendían las vidas de todos, pero no quiso hacerlo mientras temió que se renovase el ataque. Ahora que el enemigo fatigado se ceñía á un mero cañoneo, ya podía separarse de allí: así lo verificó para reconocer por sí mismo la isla de Lobau, escoger en ella una buena posición para su ejército, y tomar en una palabra todas las disposiciones precisas para la retirada. Seguro de la posesión de Essling, ocupado por las reliquias de la división de Boudet y los fusileros, envió á preguntar á Massena si podía contar también con la posesión de Aspern, porque mientras fuésemos dueños de éstos dos puntos, la retirada del ejército era segura. El oficial de estado mayor César de Laville, enviado con esta comisión, encontró á Massena sentado en un montón de escombros, cansado, con los ojos encendidos, pero lleno como siempre de indómita energía. Transmítóle su mensaje, y poniéndose en pie Massena le contestó con inaudito acento: «Diga usted al emperador que aguantaré dos horas, seis horas, hasta veinticuatro si es preciso y cuanto sea necesario para salvar al ejército.»

Tranquilizado Napoleón en cuanto á los dos pueblos, pasó inmediatamente á la isla de Lobau enviando orden á Massena, á Bessieres y á Berthier de ir á reunirse con él en cuanto pudieran dejar el punto confiado á su custodia, para concertar la retirada que debía verificarse aquella noche. Corrió al brazo chico que corría por entre la orilla izquierda y la isla de Lobau: también este brazo se había convertido en un río caudaloso, y varias veces había corrido peligro de romperse su puente al choque de los molinos lanzados al agua por el enemigo. El espectáculo que ofrecían sus márgenes parecía hecho para traspasar el corazón: largas hileras de heridos, unos arrastrándose como podían, otros llevados por sus compañeros ó depositados en tierra mientras llegaba quien los trasladase á la isla de Lobau; jinetes desmontados, despojándose de sus corazas para poder andar más libremente; multitud de caballos heridos, acudiendo por instinto al río para apagar la sed en sus aguas, y enredándose en las amarras del puente á riesgo de inutilizarle; centenares de carros de artillería medio despedazados; una indecible confusión en fin y gemidos dolorosos por doquiera, tal era la escena que se ofrecía á Napoleón y que le llenó de espanto. Apeóse del caba-